

A PESAR DE TODO...

“Él nació de pie, le fueron a parir entre algodón, su padre pensó, que aquello era un castigo del Señor”... “Hey... solo pienso en ti”... El disco de vinilo reproducía una y otra vez aquella canción de Víctor Manuel que a María siempre le había parecido una canción conmovedora, tierna, un himno al amor y la tolerancia, inspirada en una historia real, que empezó mal y acabó bien. Sus protagonistas existían y su historia era tal y como la contaba el cantautor.

María, dudaba. ¿Sería posible, que a dos seres que no encajaban en una sociedad que temblaba ante lo diferente se les permitiera ser felices, amarse y estar juntos?... Deseaba de todo corazón que fuera verdad, que algo estuviera cambiando en un país que estuvo paralizado durante demasiado tiempo.

Suspiró y miró con preocupación a su hijo recién nacido, menudo y frágil, con un tono amarillento en su piel, consecuencia de la ictericia neonatal que sufría. Además fue un parto complicado, difícil; el cordón umbilical, enrollado en su cuello, lo presionó demasiado tiempo durante el proceso.

—Ha sufrido anoxia, no sabemos en qué grado puede haber afectado la falta de oxígeno a su cerebro —dijo el doctor en la sala de partos. El niño, en su punto de partida, se encontraba como el protagonista de aquella canción, tantas veces escuchada por su madre primeriza. Corría el año 1979. A partir de ese momento todo fueron retrasos. Retraso en el aparato locomotor, retraso en el habla... todo era más lento en aquel bebé dulce y rechoncho. Los primeros años fueron un constante ir y venir a médicos, psicólogos, centros especializados en terapias de estimulación temprana y sesiones de psicomotricidad. Todo ello mediante asistencia privada, ya que la sanidad pública ofrecía pocos o nulos recursos que permitieran un seguimiento personalizado en niños como él, respecto a su evolución cognitiva.

Su madre se volcó en ayudarlo. Su padre le ignoró. No aceptaba a aquél bebé que aun siendo suyo no lo sentía como propio. Se desentendía de sus progresos e incluso se enfadaba con su madre por dedicarle tanto tiempo y dinero al niño.

Cuatro años después Javi caminaba con cierta dificultad, su vocabulario era escaso. A veces, un hilillo de baba resbalaba por sus labios carnosos y bien dibujados, que exhibían constantemente, una dulce y serena sonrisa. Su pelo rubio formaba pequeños caracolillos que se perdían en la nuca. Pero lo que más llamaba la atención en él, era su mirada transparente, observadora, tranquila. Aquellos ojos de color miel estaban llenos de vida, de deseos de seguir adelante, de explorar, de aprender...

—Ana, ¿crees que podría llevar a Javi al colegio donde tú trabajas?

—María, sabes que es un colegio de privada — le contestó su prima.

—Precisamente. A nivel económico nos podremos apañar. Está al aire libre y quiero que mi hijo se relacione con otros niños. Un parvulario puede ser más estimulante para él que llevarle a un colegio de Educación Especial o dejarle en casa. Más adelante ya veremos.

—De acuerdo —concluyó Ana —lo miraré.

Fue un tremendo fracaso. El colegio estaba situado en la urbanización de Montecañada. El niño se adaptó rápido al entorno, los que no se adaptaron fueron los demás a él. Sus movimientos eran descoordinados. Babeaba... hablaba con palabras sueltas, no seguía el ritmo de sus compañeros, ni fijaba la atención en las explicaciones de la señorita. Él iba a la suya, exploraba todo sin parar. Javi parecía feliz. Sonreía, siempre sonreía, con aquella sonrisa que cabalgaba entre el asombro y la ternura tan peculiar en él. En aquel momento su edad mental era inferior a la que en realidad tenía. Pensaron ponerlo en la clase de maternal, pero hubo protestas de los padres. Era un colegio elitista y las apariencias contaban. No había terminado el curso y ya se lo habían quitado de encima.

María estaba enfadada con el mundo, se sentía sola, insegura, sin saber qué hacer. Recurrió de nuevo a su prima Ana. Su marido era profesor, especialista en Pedagogía Terapéutica. Trabajaba en un colegio de Educación Especial en Masanasa, un pueblo cercano a Valencia. Vicente trató de explicarle la situación.

—María, es complicado. Fue en 1959 cuando se creó en España, ASPRONA, la primera Asociación pro Niños Anormales. Hasta entonces nada protegía a las personas con discapacidad intelectual. Más tarde, tras unirse familiares de personas con discapacidad, médicos, psicólogos, políticos y formar varias asociaciones, surgió, precisamente aquí, en Valencia, en 1964, la iniciativa, que dio lugar a la creación de la FEAPS, Federación Española de Asociaciones pro Subnormales. Han sido y serán años de lucha. A pesar del tiempo transcurrido, estamos aún en pañales respecto a la aplicación, por parte de la Administración, de las medidas necesarias para lograr una plena integración en el sistema educativo, y para la elaboración de diagnóstico y asistencia de las personas con discapacidad.

En mi centro las clases no están separadas por niveles o patologías. En un aula te puedes encontrar a niños con Síndrome de Down, Parálisis Cerebral, Autistas, Caracteriales. La dirección del centro y los profesores, somos quienes nos organizamos. Unos atendemos a los

que tienen más dificultad, otros llevamos a cabo talleres en los que les enseñamos a confeccionar maceteros de macramé, cuadros de hilos, llaveros...que luego vendemos a las empresas y así, con los beneficios obtenidos, compramos más materiales para seguir trabajando. También hacemos salidas para enseñarles a manejarse en una sociedad que aún utiliza el apelativo de subnormales para referirse a ellos —objetó Vicente

—María, te cuento todo esto porque tienes que luchar por tu hijo como estás haciendo, sabiendo además el terreno que pisas. En mi opinión, sería interesante escolarizar a Javi en un centro estatal. Allí tiene asegurada la enseñanza y un mayor estímulo por parte de sus compañeros. Es un niño bastante recuperable y puede obtener buenos resultados. Aunque no te negaré que te encontrarás con otros obstáculos —concluyó.

Así lo hizo. Cuando cumplió la edad para ello, pudo escolarizarlo en un centro estatal, reforzándole de nuevo a nivel particular, ya que en el centro tampoco se disponía de profesores de apoyo. La evolución fue satisfactoria. Hubo momentos difíciles para madre e hijo. Ella sufría cuando le veía llegar cabizbajo. Él sabía que no era como los demás y eso, en ocasiones, le hacía sentirse excluido, solo... Eran las dos caras de la misma moneda. En un colegio especial, un niño como Javi recibía pocos estímulos para adquirir habilidades sociales. En un colegio normal, era el retrasado de la clase... Así estaban las cosas entonces. Javi, entró en la adolescencia con la inocencia de un corazón puro y la picardía de una mente trabajada día a día. Era un poco cotilla, cabezota, características que su madre trataba de corregir y que le trajeron problemas en alguna ocasión; pero si algo le caracterizaba era su espontaneidad y esa sonrisa que no le abandonaba nunca. Cuando le hablaban, miraba directamente a los ojos de su interlocutor, atento a lo que éste le decía con una mirada expectante, curiosa, que a veces desviaba hacia un lado cuando las palabras no salían; entonces tartamudeaba un poco con una ligera mueca en los labios. Parecía que en ese momento, su cerebro se quedaba anclado en algún punto lejano, requiriendo un esfuerzo extra para asimilar lo que le estaban diciendo... entonces sonreía con la cabeza ligeramente ladeada y sus palabras salían un poco atropelladas al principio, para ordenarlas inmediatamente y seguir la conversación con total normalidad. Eran pequeños tics que le acosaban a veces.

Se había convertido en un joven educado, pulido en su aseo personal y su atuendo. Le gustaba la ropa, cuidaba su aspecto al máximo. Le encantaba la lectura. Ana, para Reyes, siempre le regalaba un libro. También le apasionaba viajar. Inspeccionaba los folletos de

viajes que encontraba y después engatusaba a su madre para viajar juntos en vacaciones. Su padre nunca les acompañaba. Se empapaba de la cultura y las costumbres allá dónde iba. Tenía una memoria prodigiosa. Se interesó por el arte y afianzó su pasión por la pintura. Ya de mayor, pintó cuadros e hizo exposiciones en el casal de la falla donde era fallero desde pequeño. Tenía muchos amigos, era abierto, simpático, atrevido, sin embargo cuando le gustaba alguna chica se transformaba en un chico tímido, huidizo. Jamás se sentía correspondido. La pregunta surgió de repente...

—Mamá, ¿por qué no me quieren las chicas?

—Algún día encontrarás a una que apreciará tu corazón limpio y puro... No te preocupes, tienes mucho amor dentro de ti.

Cuando cumplió los 18, su padre, sin previo aviso se lo llevó a un prostíbulo.

—A pesar de todo mi hijo tiene que ser un hombre —soltó en voz alta. Aquella frase rompió todos sus esquemas. Él ya era un hombre, pensó. Intuyó que el asunto iba de sexo, algo había oído a sus amigos entre risas sobre aquellos locales... Sus hormonas hacía tiempo que andaban revolucionadas, pero Javi solo sabía del placer que se proporcionaba a sí mismo cuando, tras un sueño erótico, o la contemplación de aquellas revistas que le hacían sonrojarse, su miembro aumentaba de tamaño y turgencia hasta que él mismo lo aliviaba con movimientos rápidos hasta llegar al clímax, una sensación que calificaba de genial y mágica. Pero de ahí a compartirla con una desconocida... le entró un pánico terrible. No llegó a pisar el local. Se rebeló y su padre montó en cólera soltando improperios contra su hijo.

Habían pasado 35 años desde aquel día que María, sentada en la habitación de su hijo cavilaba agobiada acerca de la vida que le esperaba a su pequeño, inmersos como estaban en una sociedad que caminaba de puntillas hacia un pensamiento más libre.

Ahora todo era distinto. Por fin se había logrado la inclusión de las personas con discapacidad intelectual, como ciudadanos de pleno derecho. Había sido un camino arduo, duro, lleno de escollos que tuvieron que salvar y aunque aún quedaba recorrido, se sentía satisfecha.

Aquel bebé de pelo rubio, se había convertido en un hombre capaz, entero. También los continuos enfrentamientos con su padre, le hicieron más fuerte. Vivió el rechazo en su propia casa, de la mano de su padre, pero también la protección y el amor incondicional de

su madre. Así aprendió a lidiar con todo ello y con sus propias frustraciones. Cuando su padre falleció, el vínculo con su madre se estrechó más, si cabe.

Ahora vivía solo. María le visitaba todos los días. Era consciente de que su hijo deseaba la independencia y reconocía que era capaz de cuidar de sí mismo. Tiempo atrás, aconsejado por ella, se inscribió en la bolsa de trabajo de Sanidad para una plaza de celador, de las que estaban destinadas a personas con discapacidad. Más tarde opositó hasta conseguirla. Ya no le faltaría trabajo.

A Javi le gustaba soñar. Entrada la noche, sentado en la pequeña terraza del ático que heredó de su abuelo, entornaba los ojos y apretándolos suavemente miraba las estrellas hasta que se convertían en pequeñas lucecillas temblorosas entre sus pestañas, luego los abría de par en par y se admiraba de aquél cielo iluminado que le permitía viajar libremente hacia donde su mente quisiera llevarle, sin presiones, sin patrones marcados.

Hacía unos días que estaba más soñador que de costumbre. Se formulaba aquella pregunta una y otra vez... ¿será solo un sueño?, pero yo la vi, ella me miró y me sonrió. Yo le pregunté su nombre y ella quiso saber el mío.

La vio por primera vez en el casal de su falla. Era nueva. Se había apuntado ese año según le dijeron sus amigos. Aquella chica de ojos castaños y sonrisa tímida ocupaba su mente todo el rato. Con inquietud se vistió eligiendo cuidadosamente su atuendo. Esa noche había cena en el casal, quizá, solo quizá, ella se prestaría a hablar de nuevo con él y él le diría lo guapa que era. Lo que le gustaba. Ensayó frente al espejo para controlar sus tics.

Mientras se hacía la hora se sentó en su sillón, entornó los ojos y se dejó llevar. Recordó muchas cosas, los sinsabores que tuvo que soportar debido a sus limitaciones, sintió su propio esfuerzo por superarse y el de su madre ayudándole a descubrir el significado de dos palabras claves para él: esperanza y aceptación, abriendo sus alas para enseñarle a volar.

De nuevo la imagen de aquella chica acudió a él, sin remedio.

Se sentía preparado para vivir, para seguir luchando por sus sueños y también para aceptar los fracasos. Se sentía tremendamente afortunado, a pesar de todo.

Firma: MADOSAN